

Narciso y EL nARCISO Del deseo, el amor y la muerte

Adela Costas Antola

Un bello Narciso ha nacido de la pluma de Ovidio en el siglo I de nuestra era. En su breve camino vivirá la problemática metamorfosis del deseo, el amor y la muerte.

El relato mítico tiene la virtud de provocar la imaginación, despertar evocaciones y promover interpretaciones singulares. Quien lee la *Metamorfosis* se detendrá seguramente en algún punto particular, construirá sus propios interrogantes y los articulará a su manera cada vez. Así fue que en mis últimas lecturas de los versos de Ovidio, el interés por comprender la fuerza de la captura de Narciso por la imagen fue desplazado para adquirir relevancia la pregunta por la transformación del joven en flor. No cualquier flor, la que lleva su nombre. Desaparece el cuerpo del efebo y en su lugar un narciso es encontrado. Se trata entonces de Narciso y de narciso.

Acerca de la filiación y la sexualidad

Hijo de la azulada Liríope, ninfa de las fuentes, y del río Céfiso quien la envolvió en sus sinuosas aguas y la violó, nació un hermoso niño que 'ya entonces hubiera podido ser amado'. 'Hubiera podido', este tiempo de verbo condicional insinúa las condiciones para ser amado, pero ¿lo era realmente?

En los versos inmediatamente anteriores a los dedicados a Narciso, se relata las circunstancias en las que Tiresias es privado de la visión. Fue en ocasión de una disputa entre Juno y Júpiter, cuando éste

relajado por el néctar que había bebido, afirma en tono de broma que las mujeres experimentan mayor placer en el acto amoroso que los hombres. La diosa lo contradice. No logran ponerse de acuerdo y deciden consultar con quien sabe de los goces de ambos sexos por haber sido alternativamente hombre y mujer, transformación que se produjera tras haber atacado a dos serpientes copulando. Sin vacilar, Tiresias confirmó la presunción de Júpiter. Alto es el precio a pagar por la intromisión en la rencilla conyugal nada menos que de los dos más grandes dioses del Olimpo. La respuesta del vate despertó la furia de Juno, no se sabe si por haber descubierto un secreto tan celosamente guardado o por el simple hecho de contradecirla. La cuestión es que condena al sabio adivino a la noche eterna. Como ningún dios puede anular la obra de otro, el padre todopoderoso lo compensa con el honor de ver lo por venir.

A continuación leemos el relato del engendramiento de Narciso en un acto de violación. ¿Ser el producto de un acto forzoso podría condenarlo al desamor? Esta presunción no sería del todo errada si consideramos la posición de Ovidio respecto del derecho de las mujeres de gozar del encuentro amoroso, y hasta de gozarlo más intensamente que los hombres, según el chiste que Júpiter le hace a Juno.

[Meterete preguntón: ¿Ser amado o no ser amado es sólo una cuestión de sentimientos o habría que pensarla en el marco de relaciones estructurales entre los términos?]

Enigmática sentencia

Apenas Narciso fue parido, su madre pregunta al célebre adivino si su hijo llegaría a la vejez. Liríope pertenece a la categoría de las Náyades, ninfas de las quietas aguas dulces que gozan de ser longevas. El padre, en cambio, vive su eterna divinidad. Tiresias responde de un modo por demás enigmático: ‘Si no se llega a conocer’. Curiosa formulación que considera la posibilidad de dilatar la muerte a condición de no conocer(se). ¿Cuál es el conocer que acarrea la muerte? O, ¿a qué muerte condena el conocerse? ¿Se trata de la muerte del cuerpo?

Quince años habían transcurrido sin que el vaticinio del prestigioso vidente se cumpliera. Entre tanto nadie lograba tocar el corazón de quien daba la apariencia de ser tanto un niño como un joven. A todos los pretendientes despreciaba por igual. Leandro Pinkler ubica el mito en el universo de las diosas Artemis, la de la virginidad natural, y de Afrodita, diosa del deseo sexual. Entre estas dos divinidades se debate el pobre Narciso. Bajo la égida de Artemis, huye de toda ocasión en que puede ser tocado por el deseo.

Un día Narciso merodeaba por el bosque a la espera de cazar algún ciervo cuando la ninfa, que aún tenía cuerpo, lo divisa a lo lejos. Prendada de su belleza, lo sigue deseosa de que algún sonido le permita hacer uso de su voz. De pronto Narciso llama a sus compañeros de caza: ‘¿Hay alguien?’ Presta responde Eco: ‘Alguien’. La voz repite tantas palabras como puede, hasta que engañado por la voz que responde, Narciso exclama, ‘reunámonos’. ‘Unámonos’, invita ella y se acerca gozosa con los brazos extendidos para abrazarlo. El espanto se apodera de él: Antes ‘morir que puedas tú tenerme’.

Dejemos a Eco y su desdichada metamorfosis cosificante para otra ocasión y sigamos los pasos de nuestro personaje central luego de haber impedido que la ninfa lo toque, tal como lo ordena Artemis. ¿Qué motiva la huida de Narciso? ¿Cuál es la amenaza?

Dice preferir la muerte antes que exponerse al contacto amoroso con la ninfa. La parca podría efectivamente librarlo de ser objeto del enloquecedor instrumento que Afrodita maneja a su antojo, el deseo.

Sexualidad y cercenamiento

Tiresias es cercenado en el órgano de la visión, mientras Eco lo es en el uso de la palabra: no puede tomar la iniciativa de usarla. Cercenamientos que son consecuencia de haberse inmiscuido en la sexualidad de los supremos dioses del Olimpo. Mientras la intromisión de Tiresias fue a pedido de los dioses y así y todo castigado, la de la ninfa fue responsabilidad propia y, además, premeditada. Hacía uso engañoso de la palabra entreteniendo a Juno para que no descubriera a Júpiter en disfrute con las ninfas. Un día la diosa descubre el

propósito embaucador de la charla y lanza su sentencia: ‘Puesto que me has engañado con la lengua, se te reducirá la facultad de hablar y abreviará al máximo el uso de la voz’. Eco es condenada a ser eco de la palabra del otro.

[Meteretepreguntón: ¿Cómo entender el juego de la repetición significante: Eco – eco, Narciso – narciso?]

Sexualidad y cercenamiento traman las historias de nuestros tres personajes. Narciso sufre la metamorfosis en flor, mientras Eco queda reducida a ser voz que repica en las cavernas. La transformación de Tiresias se produce en su sexo, de hombre a mujer y nuevamente a hombre. Luego es privado de la capacidad de ver, y a cambio obtiene una función más prestigiosa como lo era la adivinación.

A esta altura tenemos elementos para volver con una nueva mirada sobre la premonición: vivirá muchos años si no se conoce. Según el Diccionario de la Lengua Española, uno de los significados del término conocer remite al acto sexual. ¡Y es allí donde reina Afrodita! Ella empuja al encuentro de los cuerpos gobernados por la fuerza del deseo. En cambio Artemis brega por defender la virginidad a toda costa. La sabiduría de Tiresias anuncia las consecuencias que acarrea la intromisión de la diosa del encuentro sexual. Hasta el mismísimo Borges tiembla ante la posibilidad de ser alcanzado por la terrible arma de Afrodita, lo admite públicamente en estos versos:

“Es el amor. Tendré que ocultarme o que huir
Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz.”

¿Pretende Borges huir como Narciso?

[Meteretepreguntón: Al encuentro sexual le precede un largo camino cuyo inicio es el deseo del Otro en función materna, que alienta el encuentro-constitución con la propia imagen. ¿De ahí pretende huir Narciso? ¿Será necesario que la fuerza del río Céfiso lo arranque del abrazo narcotizante de las quietas aguas dulces?]

El dolor de la plenitud

Tal vez el deseo de Liríope sea el de preservar al hijo para sí, para lo cual contaría con la ayuda de Artemis al mantenerlo apartado del intercambio sexual. Pero cuidado! La bella Afrodita no deja de tentar a dioses y humanos. Ahí estará cuando Narciso se incline a beber de las vírgenes y cristalinas aguas. En ese instante el deseo le es lanzado y queda cautivo de la belleza de la imagen reflejada en el elemento donde reinan las Náyades.

Lamentablemente no puedo detenerme en la ardiente y, al mismo tiempo, sufriente declaración de amor de Narciso a su imagen. Los invito en cambio a visitar el último tramo de los versos de Ovidio referidos al famoso efebo.

Quisiera que lo que amo distara
La riqueza me ha hecho pobre

Palabras con las que Narciso reconoce el dolor de la satisfacción plena, de la imposibilidad de una pérdida que permita una ausencia. A diferencia de Tiresias y Eco, hasta ese momento nada le había sido cercenado al amado –no amante– joven.

Hasta aquí las reflexiones acerca del relato de Ovidio, a partir de las cuales paso a articular algunos conceptos psicoanalíticos que, entendiendo, están en juego en este recorte del mito.

Hilvanando una mirada psicoanalítica

Pasó el tiempo, pasaron años, en mi quehacer como psicoanalista se fueron sumando lecturas, aportes de colegas, el trabajo con los pacientes y mi propio análisis. La lectura de un texto no puede ser ya la misma que la de hace 22 años cuando en el Congreso de FEPAL en Oaxaca presenté un trabajo sobre la transferencia inspirado en Narciso y Edipo. En esta ocasión quiero repensar algunos conceptos a la luz de la lectura del mito que acabo de comentar.

La ‘dura soberbia en tierna belleza’ –metáfora con la que Ovidio se

refiere a Narciso— me acerca a Su Majestad el Bebé, posición que tiene por condición necesaria la falta materna que posibilita el ser alojado. Tiempo fundante del Yo-placer purificado portador de todas las bondades. Mientras lo otro, no-Yo, se constituye por lo malo expulsado. Esta operación funda la diferencia primera y arbitraría Yo – no-Yo.

¿Cómo se acota la pura satisfacción que tanto padecimiento genera, según revelan las palabras de Narciso? Consideremos por un lado el acotamiento del goce en Tiresias y en Eco, y por otro la intervención sobre el deseo materno que se juega en la transformación de Narciso. Algo del cuerpo habrá de perderse para que el Yo se constituya. El acotamiento del goce al generar una pérdida posibilita la articulación de la sexualidad a la dialéctica del deseo. Las pulsiones escópica e invocante, claramente tratadas en el texto del mito, son las más cercanas a la experiencia de lo inconsciente, en tanto conciernen al deseo del Otro, Juno en este caso.

La divinidad cercena el goce de ver en Tiresias y acota el blablabla de Eco. El Gran Otro-Juno opera con todo su poder alternativamente sobre la voz y la mirada, operatoria que funda la estructura de la pulsión. En el juego de la mirada el sujeto se presenta como lo que no es. Narciso no se reconoce en su imagen y se ofrece como sueño para despertar el deseo del otro. “... es porque reconoce su deseo en el cuerpo del otro que el intercambio se produce y se reconoce como cuerpo.” (Lacan, *Seminario I*, p. 63)

La privación de la vista, metáfora de una pérdida que acota el goce en tanto instaura una carencia deseante, habilita un más allá de la conciencia, el del deseo inconsciente. Así se juega el deseo en Tiresias como en Narciso.

Freud (1905) sostiene en una nota a pie de página que los griegos privilegiaban la pulsión antes que el objeto. Lo valorado era la posición misma de amante antes que la del objeto destinatario del amor; ya que el amar apasionadamente engrandece al sujeto. Hoy parece privilegiarse la posición de objeto que se ofrece a ser amado, con la consecuente pretensión de suturar la falta. Tal vez el desprecio de dicha falta con la concomitante aspiración a la plenitud hace

que algunos pensadores de nuestro tiempo califiquen al hombre contemporáneo de narcisista.

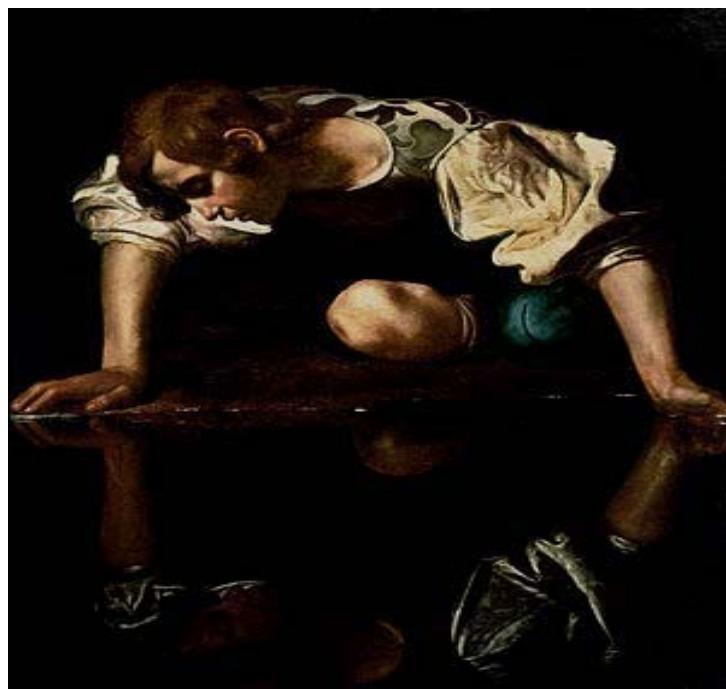
¿Tan difícil es el paso de la posición de objeto amado a la de sujeto deseante-amante?

‘Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo’, dice Narciso. ¿De qué cuerpo habla cuando expresa este anhelo? ¿Cómo es posible separarse del cuerpo? Partimos del supuesto que el cuerpo erógeno no viene dado sino que se constituye en un complejo proceso que incluye el reconocerlo como propio en tanto usuarios del lenguaje. Éste nos atribuye un cuerpo al mismo tiempo que el organismo en sintonía con la naturaleza se pierde.

Durante mucho tiempo me pregunté por el significado de la transformación en flor que sufre el cuerpo del joven luego de su muerte. La insistencia en el significado me impedía escuchar el significante en juego: ‘narciso’. El cuerpo, organismo viviente sufre la mortificación significante. Aunque obvio, el hallazgo me sorprendió. Narciso es sustituido por un narciso con minúscula. La metamorfosis se basa en una suplantación significante propia de la función paterna. Al apartarse de la fuente, el efebo renuncia a la posición de objeto que completa al Otro materno. Puede entonces surgir el significante con minúscula, el prójimo, el otro, tan despreciado previamente.

El *Narciso* de Caravaggio¹ me resultó un aporte muy interesante, ya que el reflejo en el agua presenta una imagen con claros signos viriles que contrasta con el rostro imberbe del efebo. Lo cual podría leerse efectivamente en la línea de la inscripción de la metáfora paterna con la consecuente posición sexuada que la misma imprime en el sujeto.

¹ Agradezco al Dr. Rubén Quinteros el haberme permitido el re-encuentro con esta pintura y por haberme hecho notar la interesante discordancia entre el espejo y la realidad, en ocasión de la Mesa Redonda: La Belleza, organizada por la Revista *Devenir*.



El lamento de Narciso, ‘La riqueza me ha hecho pobre’, deja en claro que no se trata de un alegato en favor de la completitud. Por el contrario, plantea la necesidad de que algo le sea sustraído al viviente dando paso a la inscripción de la falta, para que recién entonces se produzca la apertura de la gran vía metafórica, dimensión de lo inconsciente propiamente dicho. Quien no es tocado por la castración está condenado a subsistir como objeto inmortal, objeto de deseo y de goce del Otro.

En este relato mítico el significante muestra su dimensión mortífera y, al mismo tiempo, su poder creador en tanto funda una presencia simbólica. La ausencia del cuerpo de Narciso no impide que aún viva

entre nosotros. Vida y muerte se juegan entre el sujeto y el significante, entre Narciso y el narciso.

Bibliografía

FREUD, S. (1905) Tres ensayos de teoría sexual. *OC*, Amorrortu, Buenos Aires, 1978.
— (1914) Introducción del narcisismo. *OC*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
LACAN, J. (1953-1954) *Seminario I. Los escritos técnicos de Freud*. Paidós, Buenos Aires, 1997.
— (1962-1963) *Seminario 10. La angustia*. Paidós, Buenos Aires, 2007
— (1963-1964) *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós, Buenos Aires, 1992
OVIDIO, P. (Año 8) *Metamorfosis*. Alianza Editorial. Madrid, 1996.